El alemán que amó a una judía

Jordi Martí

Image not found.

Capítulo 1

Sentía el frío agujero del fusil en mi nuca magullada por los golpes y las heridas de años de guerra. Sentía el cansancio en mis piernas, que con vendajes y drenajes apenas podían soportar el peso de la mochila y el casco de infantería.

Y ahí me encontraba. de cara a lo que quedaba de un muro, con un fusil de asalto a punto de arremeter contra mi vida.

A sólo una decisión fugaz de aquel joven soldado, mi existencia estaba a punto de pasar a lo que muchos de mis mejores amigos habían llegado hacía escasos años.

Y todo fue por amor, un amor no correspondido que, ni aún sabiéndolo extinto, dejé escapar.

Enma y yo nos conocimos como se conocía mucha gente en aquel entonces, por cercanía y conveniencia.

Cercanía porque ese verano de 1935 ella se mudó a mi barrio junto con su familia. Según me contó Simmon, mi mejor amigo en vida y por desgracias de la sangrienta lucha en muerte, Enma se había trasladado a mi barrio, uno pobre de las afueras de Berlín, debido a que con las nuevas ideologías, que empezaban a establecerse dentro de la capital, ella y su familia no eran bien vistas en el centro.

Conveniencia por su parte, ya que era judía y no la convenía que se la juzgase también en las afueras de la metrópolis o, si fuera de otra manera, su familia tendría que emigrar.

Por mi parte la conveniencia tenía un sabor más egoísta porque, desde que vi su cabellera rizada recogida en dos coletas y sus ojos azabaches, caí rendido en sus fauces, en amor claro.

Por aquel entonces yo tenía quince años y Enma trece. Pasamos los veranos juntos, jugando en las calles desiertas por el calor, al menos eso era lo que nos decían nuestros padres; pero ahora que somos mayores ya sabemos que no estaban vacías por eso, sino que las habían vaciado a base de matanzas y crematorios prematuros. Sin embargo, nuestra infancia se fue demasiado pronto. Un día, en el año 1937, al amanecer oí que unos soldados estaban desalojando una casa cercana a la que vivía. Me asomé al ventanuco que había en mi habitación y vi que aquellos ruidos pertenecían a la familia de Enma y la misma chica, los cuales estaban siendo llevados a la fuerza y sin siquiera una pequeña maleta de

equipaje, adentro de un camión militar. Por la parte de atrás, en la que no llegaba a tapar la lona del vehículo, pude ver cómo Enma comenzaba a llorar y cómo uno de los soldados, con un bigote bien poblado y una barriga prominente, le asestaba un golpetazo con la culata de la ametralladora en la ceja, dejando así en su bello rostro un río de sangre judía, e inocente.

Pocos meses después me vi obligado, tanto social como políticamente, a alistarme en el ejército alemán. Ya era 1938 cuando me enviaron como responsable del campo de concentración que me cambiaría la vida y que, por algunos minutos, me la arrebatara.

Llegué con mi uniforme bien tallado y planchado, libre de pelusas, polvo y barro. Iba en un camión como el que se llevó a Enma aquel día por la mañana. Me duele decirlo, pero ya no me acordaba de ella.

Un día estaba pasando mi primera revista a los presos que habían en el campo cuando, para mi gran asombro, vi a una chica de estatura media, sin pelo debido al corte que se les asignaba a los presos, pero con unos ojos como sólo los había disfrutado una vez. Eran ojos de dolor, pero eran azabaches, como los que tenía Enma, y ese fue el momento que cambiaría mi historia, y el instante que terminó con la suya.

-¡Número 25347!- Vociferé autoritariamente- ¿Cuál es su nombre?

Me miró desde abajo y se irguió, temblando. Tenía la cara abollada y manchada. Olía a sudor y sangre, por lo que supuse que llevaría una buena temporada sin ducharse o siquiera asearse.

-Mi nombre es 25347, señor.- me contestó con la respuesta que había estado practicando una y otra vez desde que entrara en aquel infierno.

-Me refiero a su nombre real.

-Mi nombre es Enma, señor. Hace tiempo que olvidé mi apellido, señor.

En aquel momento se me iluminaron los ojos y ella lo debió notar, porque sus ojos comenzaron a relucir como estrellas en una noche oscura.

Sin embargo, no todo fue tan feliz como pensé que fuera a ser.